con el *tendero* y con todo lo de acá. Conque, bástele á usted por ahora, apreciable cajista, y sírvase usted parar estas líneas por vía de introducción, porque á los prospectos les sucede lo que á varios conocidos míos; que ya nadie los cree bajo su palabra.

FACUNDO

ENSALADA DE POLLOS

CAPITULO I

En el que el curioso lector se inicia en algunos misterios de la incubación de la raza

DON Jacobo Baca es un padre de familia, de esos que hay muchos, sobre los que pesa una grave responsabilidad que no conocen, y que están haciendo un perjuicio trascendental de que no se dan cuenta.

Don Jacobo ha sido alternativamente impresor, varillero, ayudante del alcaide de la cárcel, por *cier-*

to mal negocio; después *jicarero* encargado de pulquería, y últimamente ha sentado plaza de arbitrista, que es como se la va pasando,

Don Jacobo cree que sabe leer y escribir, pero buen chasco se lleva; pues en materias gramaticales confiesa él mismo, con admirable ingenuidad, que nunca se ha metido en camisa de once varas.

En otra de las cosas en que se lleva chasco D. Jacobo, es en creer que sabe hacer algo, pues nosotros, que bien le conocemos, estamos seguros de que á pesar de sus letras no sabe hacer nada.

Su inutilidad lo condujo, aunque paulatinamente, á la situación lamentable en que el lector lo encuentra.

Aburrido D. Jacobo de buscar destino, y más aburrido de no hallarlo, pensó en una cosa.

Esta cosa la han pensado las nueve décimas partes de los hombres útiles

que hay en el país. *Lanzarse á la revolución.*

Esta idea, acariciada en medio de la ociosidad y de los vicios, es el calor con que la madre discordia empolla á sus hijuelos; esta idea ha sido el prólogo de muchas epopeyas, así como el primer paso en la senda del crimen; esta idea entra en el número de las resoluciones desesperadas, y se equipara con la de suicidarse.

Respetamos, aunque no aludiendo á D. Jacobo, esta misma idea de lanzarse á la revolución, cuando es engendrada por el noble arranque del patriotismo.

Don Jacobo, arbitrista y todo, llegó á desesperar; se le cerraron todas las puertas, como él decía, y comprendió que necesitaba lanzarse á la revolución.

Don Jacobo tenía un compadre.

—He pensado una cosa, le dijo un día.

—¿Cuál? le preguntó el compadre sorprendido de que D. Jacobo pensara algo.

—*Lanzarme á la revolución.*

—¡Pero compadre!....

Hubo un momento de silencio, durante el cual D. Jacobo escupió por el colmillo.

—¿Lo ha pensado usted bien?

—No me queda otro recurso; ya usted lo ve, no hay destinos, nadie presta, y luego mi mujer.....

—Pero compadre, repitió D. José de la Luz, que así se llamaba el interlocutor.

—Lo único que me falta es caballo y armas.

—Es decir, todo.

—Casi.

—Para pelear se necesitan armas.

—Cabal.

—¿Y contra quién va usted á pelear?

—Pues contra cualquiera; yo lo que necesito es la revolución.

—Pero ¿usted no tiene principios políticos?

—Pues vea usted, compadre; en cuanto á eso, usted sabe que al hombre lo hacen las circunstancias.

—Pero usted puede elegir. Diga usted.

Don Jacobo meditó profundamente con la vista fija en tierra, y luego preguntó:

—Ahora ¿quiénes están mejor?

—¿Cómo mejor?

—Quiero decir, ganando.

—Pues los liberales siempre ganarán, compadre, á la larga ó á la corta. Por mi parte, yo voy á los liberales á ojos vistas, es albur que sale; porque mire, aquí no pega lo de los extranjeros ni lo de las coronas.

—Sí, eso ya lo sé, compadre.

—¿Se acuerda de lo de Tampico?

—¡Pues no!

—Y ya usted sabe que van los mochos, que vienen los mochos; pero

siempre la libertad triunfa. Este es país libre, compadre.

—Pues con los liberales, compadre, dijo D. Jacobo iluminado.

—¡Dios saque á usted con bien! mire que los mochos fusilan bonito.

—Sí, pero.....

—¿Y la familia?

—Ahí se la dejo, compadre; no le diga nada á mi mujer hasta que yo me haya escapado; que Pedrito se haga hombre; le dice que no ande ahí con mañas, y Concha, que se case.

Los dos compadres, por fin, se despidieron.

Don José de la Luz pensó más en la mujer de su compadre que en su compadre mismo. Era natural. Quedaba encargado interinamente.

Don Jacobo pensó menos en su mujer que en procurarse caballo. Era natural: el caballo era muy importante, y su mujer ya estaba bien reco-

mendada; de manera que D. Jacobo se fué en derechura á casa de un amigo que tuviera caballo, y se lo pidió prestado; después buscó otro amigo que tuviera pistola, y le ofreció limpiársela.

Empeñó un resto de equipaje, y se puso en tren de defender á la madre patria.

Había pernoctado en un mesón de Santa Ana; despertó muy temprano y arregló su cabalgadura. Era ésta un caballito de rancho, malicioso y asustadizo, tordillito mosqueado, con una oreja gacha, malos cascos y peor boca.

Don Jacobo le puso doble rienda, colocó á la grupa una gran maleta, pagó el gasto al *huésped* y se encaramó más bien que montó en el tordillito, el que al sentir sobre el lomo aquella humanidad asustadiza comenzó á caracolear en el patio del mesón, más bien de disgusto que de brío, y al fin, resignándose, salió á la calle.

Aquel jinete no llevaba espuelas, pero en cambio llevaba miedo y cuarta. El animal si no tenía buena estampa, tampoco tenía otras cualidades; trotaba ferozmente, y á pesar de las dos riendas, le sucedía lo que á México, tenía mal gobierno.

Don Jacobo, en quien el valor no era precisamente una de sus cualidades distintivas, creía que los transeuntes le conocían en la cara aquello de que *se estaba lanzando á la revolución*, y afectaba un disimulo que para nada le servía.

La calzada de Guadalupe se le figuró inmensamente larga hasta que llegó á la garita.

Allí le ocurrió otra cosa, y eran ya dos cosas buenas las que según él le habían ocurrido.

Lo de *lanzarse á la revolución* era una, y encomendarse á María Santísima de Guadalupe era la otra; pero en cuanto á la segunda, comenzó á

encontrar inconvenientes poderosos: el primero era apearse y no tener donde dejar su caballo; pero bien pronto le ocurrió otra cosa buena, más buena que las otras, y ya eran tres las que en pocas horas iban cambiando la faz de su vida: esta última cosa buena fué aquella de que con la intención basta, y encontró tan de su gusto el consuelo, que hasta se atrevió á dar por primera vez un azote al tordillito, que contestó espeluznándose como un gato y encogiendo el cuarto trasero como si le hubiera dolido mucho, movimiento que empezaba á revelar que entre D. Jacobo y su caballo había cierta analogía; aquel debía ser el caballo de D. Jacobo: habían nacido el uno para el otro.

Cuando D. Jacobo salió de la ciudad de Guadalupe, respiró más libremente, figurándose que acababa de salir con bien de un gran lance, y repetía interiormente:

—Por fin ya estoy lanzado á la revolución. Ello es cierto, continuaba después de un largo rato, que bien puede costarme caro... una bala... pero por otra parte, en la revolución siempre se come, porque cuando no lo hay se toma.

A propósito de tomar, sintió sed y tomó pulque, pagándolo, costumbre que estaba próximo á perder, una vez *bien lanzado á la revolución.*

Después de pagar pensó en su mujer.

Don Jacobo pensaba siempre por analogías.

Su compadre D. José de la Luz tenía la misión diplomática de informar á la familia de D. Jacobo de lo de la revolución.

—O vuelvo rico, decía D. Jacobo, ó no vuelvo; yo pasaré trabajos, pero llegaré á tener una guerrilla y entonces...

Dios es grande, y mi compadre

muy caritativo, de manera que mi mujer no se morirá de hambre; en cuanto á mis hijos, el varoncito, que se enseñe á hombre, y Concha, como ya se sabe vestir, se casará pronto.

Absorto en sus reflexiones D. Jacobo, caminó todo el día, y á la oración estaba en el mesón de un pueblo en donde tomó lenguas para orientarse al día siguiente.